

Wullenwever no tuvo escrúpulo en confiar la dirección de la campaña contra Dinamarca al conde Cristóbal de Oldenburgo, pariente del rey prisionero; mientras el cuñado del rey de Suecia, el conde Juan de Hoya, se encargó de la campaña contra este monarca; al propio tiempo el hijo del último Sture manifestó sus pretensiones á la corona sueca, pues la ciudad de Lubeck hizo cuanto pudo para atraerse aliados, sirviéndose como cebo de las coronas escandinavas y prometiéndolas también al duque Alberto de Meklemburgo. De las ciudades anseáticas solo se pusieron de parte de Lubeck: Rostock, Wismar y Stralsund; pero en cambio contaba Lubeck con las simpatías de los alcaldes de Copenhague, de Malmo y de Estocolmo, que eran del partido democrático ó popular y deseaban el exterminio de la nobleza en sus respectivos países. Los campesinos de Dinamarca se levantaron, en efecto, pidiendo venganza contra sus opresores, los nobles, que según el juicio del canciller de Federico I, habían merecido el odio. Muchos individuos de la nobleza se salvaron sometándose y prestando homenaje al rey preso, representado por el conde Cristóbal de Oldenburgo, su primo. Solo en Jutlandia y Fuhnen permaneció la aristocracia fiel al duque Cristian, al cual proclamó rey en el mes de junio de 1534.

El carácter democrático de esta empresa enajenó á la ciudad de Lubeck las simpatías de los príncipes protestantes del imperio. El duque Alberto de Prusia se puso en el acto del lado del duque de Holstein, que contó también con las simpatías de los jefes de la liga de Smalcald, Felipe de Hesse y Ernesto de Luneburgo; y Juan Federico, que durante algún tiempo se había lisonjeado de conseguir la corona que se le había ofrecido, renunció al fin á su esperanza. Si á esto agregamos que entonces se verificó el movimiento revolucionario de Munster, se comprenderá que los príncipes y la nobleza de toda la Alemania del Norte se creyeran expuestos á un peligro inminente, á pesar de faltar á los jefes de Lubeck el auxilio de una potencia notable y hasta un apoyo sólido en el interior de la ciudad. Cuando en setiembre de 1534 se decidió Cristian III á atacar directamente la ciudad de Lubeck poniéndola cerco por mar y tierra, los vecinos furiosos se sublevaron contra sus jefes, hasta entonces tan ensalzados. Entonces se convino entre los dos beligerantes en hacer la paz en territorio alemán y en proseguir su guerra en Dinamarca; mas desde entonces estaban contados los días de los jefes democráticos de Lubeck, pues que se restableció la antigua organización del consejo municipal y se permitió el regreso de los contrarios á los jefes gobernantes. Estos esperaron en vano auxilio extranjero; Enrique VIII, que había prometido subsidios, procuró ganar tiempo formulando exigencias exageradas, y finalmente resultaron como única salvación de aquella democracia reformista el emperador y el gobierno de los Países-Bajos. El alcalde de Lubeck se manifestó dispuesto á facilitar la corona de Dinamarca á Federico del Palatinado, que se casó con una hija de Cristian II, lo que hubiera colocado al catolicismo y á la casa de Habsburgo, al mismo tiempo que á los holandeses, en posición dominante en el Báltico. La verdad es que Carlos V solo pensó seriamente en la candidatura de Federico del Palatinado después de haber hecho la paz la ciudad de Lubeck y cuando ya estaba decidida la sucesión al trono de Dinamarca; porque en el mes de junio de 1535 vencieron casi simultáneamente el ejército de Cristian III, en la isla de Fuhnen, á la fuerza enemiga, mandada por el conde de Hoya, y la escuadra del mismo Cristian cerca de la isla, reforzada con buques prusianos y suecos, á la escuadra contraria, en la cual la liga anseática no tenía mas que ocho buques de guerra. Algunos meses después Wullenwever, que esperando

todavía auxilio de Inglaterra se había dirigido á la comarca de Hadeln para contratar allí una turba de soldados mercenarios, cayó en manos del arzobispo de Bremen, que le entregó á su hermano Enrique de Brunswick. Después de una larga prisión y de haberle aplicado repetidas veces el tormento, fué decapitado en 24 de setiembre de 1537, cerca de Wolfenbittel, y su cadáver descuartizado. De todas las acusaciones graves levantadas contra él, por ejemplo la de haber querido vender la ciudad de Lubeck á Borgoña y haber estado en relaciones con los anabaptistas, ninguna se ha probado; de forma que la muerte de este infeliz fué un verdadero asesinato jurídico. Marcos Meyer, que se sostuvo bastante tiempo en una fortificación danesa, se rindió en 1536 y fué también ajusticiado.

Con esto quedó sofocado para siglos el último movimiento democrático en Alemania, porque se había propuesto fines imposibles. Su propósito fundamental de conservar el comercio moderno, á pesar de su fuerza expansiva, dentro de los antiguos y reducidos moldes, era el anacronismo propio de un pueblo de horizonte estrecho. No era posible que las potencias marítimas, lanzadas en una carrera nueva del comercio oceánico, pudieran ya someterse al dominio de pueblos pequeños de las costas bálticas con sus ideas gremiales. La Edad media empezó á ser reemplazada entonces en todas partes por la Edad moderna y no podía mantenerse en el mar la Edad media vetusta de Alemania; de modo que las ciudades anseáticas solo se habrían mantenido cortísimo tiempo aunque hubieran tenido todo el poder político de sus mejores épocas, mucho menos siendo en realidad las potencias minúsculas mas débiles de Europa. Verdad es que sus adversarios, los reinos escandinavos, no eran tampoco imponentes, si bien se habían librado ya de la intervención extranjera; pero todavía dominó en Dinamarca como en Suecia una nobleza de la peor especie, y por el año 1540 se levantaron los campesinos suecos, instigados en parte por el clero católico y por intrigas austriacas, contra la corona, falta de dinero, y contra la nobleza, no menos codiciosa. En Dinamarca, donde Cristian III después de su entrada en Copenhague había resuelto la cuestión eclesiástica con la prisión de todos los obispos y con la confiscación de los bienes de la Iglesia, empezó para los campesinos un largo período de la mas abyecta servidumbre, siendo tratados peor que perros. Aquellos magnates tiranuelos, exentos de todo impuesto y contribución, no eximían de la servidumbre ni á los hijos de los predicadores ó eclesiásticos protestantes; y en el año 1570 uno de ellos, usando de su derecho jurisdiccional, hizo ajusticiar al cura de su parroquia.

Para el porvenir de la reforma religiosa fué, no obstante, una inmensa ventaja que los Estados escandinavos, libres ya del dominio mercantil de las ciudades anseáticas, quedaran otra vez enlazados con la Alemania protestante por la comunidad de religión. En el año 1537 Bugenhagen coronó al rey Cristian III, y no había pasado todavía un siglo cuando los reyes de Dinamarca y de Suecia corrieron armados al socorro del protestantismo alemán, que estaba á punto de sucumbir ante sus enemigos. El gobierno democrático de Lubeck había mirado hasta el último instante á la Inglaterra como su única áncora de salvación; lo mismo hicieron algunos años después, con igual resultado negativo, los adversarios de Lubeck, los príncipes protestantes alemanes; porque la entrada de Inglaterra en el número de potencias protestantes era un suceso muchísimo mas importante que el triunfo de la reforma religiosa en los reinos escandinavos, pero la política eclesiástica de Enrique VIII dependía de la situación política general y además de los caprichos personales de este rey. Durante algún tiempo estaba el gobierno inglés

en camino de aproximarse al luteranismo, declarando libre el uso de la Biblia (traducida al inglés en 1535) y por la exposición oficial de artículos que en parte se aproximaban á los de la Confesión de Augsburgo (1536). En aquel tiempo mereció Tomás Cromwell, el sucesor de Wolsey, el sobrenombre de «martillo de los frailes,» y realizó sin consideración ni misericordia la gran secularización de los conventos; habiéndose calculado que fueron confiscados y desmembrados además de millares de fundaciones menores, 643 monasterios y conventos y 90 colegios, muriendo en el patíbulo 59 clérigos regulares, víctimas de la lucha contra el papismo cesarista del rey. Hasta las reliquias de Santo Tomás Becket fueron arrojadas al fuego, y el oro y las piedras preciosas de este y de otros relicarios fueron destinados al tesoro real. Sin embargo, en cuanto á los bienes inmuebles, la corona, como en Suecia, tuvo que dar su parte á la codiciosa nobleza y en esta distribución no fué olvidado el mismo Cromwell, elevado á la categoría de conde de Essex. En 1536 se levantaron los campesinos católicos en el Norte de Inglaterra á favor de los frailes y contra las herejías; pero pronto fué sofocada esta rebelión y el unificador de la fe que ocupaba el trono de Inglaterra sacrificó muchas víctimas á esta unidad, que había de ocupar un término medio entre Roma y Wittenberg, sin mirar si eran católicas ó protestantes. En virtud de los artículos sanguinarios de 1539 fueron decapitados católicos y quemados protestantes. En una palabra, los que pedían la comunión en ambas formas y la supresión del celibato y rechazaban la doctrina de la transubstanciación y la confesión auricular, se vieron tan amenazados como los partidarios del Papa; y el mismo Cromwell fué víctima de su sistema de terror cuando, con el fin de consolidar la unión de Inglaterra con los protestantes alemanes, proporcionó á aquel rey feroz su cuarta esposa, la princesa Ana de Cléveris, muy poco favorecida por la naturaleza. En julio de 1540 fué ejecutado Cromwell, sin que le valiera su práctica en la moderna política italiana para protegerle contra la ferocidad indómita de su soberano; y á pesar de ser el verdadero creador de la Iglesia anglicana, dispuso en su testamento que se dijera misas para su alma.

Entonces el protestantismo alemán entró en su crisis decisiva, que demostró que no era ya temible para el emperador, su adversario, una vez que no tenía el apoyo militar de una potencia extranjera.

## CAPITULO VIII

### DECADENCIA DE LA LIGA DE SMALCALDA

El quinto decenio del siglo XVI fué destinado, mas que otro período anterior en la historia de la reforma religiosa alemana, á los preparativos del gran golpe que dió Carlos V á los miembros reformistas del imperio. Verdad es que entonces negociaba el emperador con especial actividad con los herejes; y sin abandonar la idea de decidir la cuestión religiosa en un concilio general, procuró alcanzar el objeto de la unión por el camino mas corto de las pláticas religiosas; pero esta conducta amistosa del emperador parece haber sido inspirada solo por el deseo de triunfar sobre sus enemigos extranjeros con el auxilio de los protestantes para después, cuando le hubiesen ayudado á tener las manos mas libres, castigarlos y perderlos con mas facilidad. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que entonces mucho mas que antes el emperador trasladó el centro de gravedad de su política al imperio alemán; y la individualidad de este soberano, que fué cada día mas su propio ministro principal y general en jefe de sus ejércitos, se manifestó entonces decididamente,

sin que disminuya sus méritos políticos y militares el hecho de que sus contrarios le facilitaran todo su trabajo, ya que sin este auxilio involuntario de los adversarios el político mas eminente no obtendría ningun triunfo completo. A Carlos V favorecieron tanto la Francia como los protestantes alemanes después de la paz de Niza y del arreglo de Francfort con su gravísima negligencia política, pues en otoño de 1539 Enrique VIII llamó la atención del embajador francés sobre la situación del emperador, que se hallaba bajo la amenaza continua del sultan, tenía ofendida á la república de Venecia, á toda la Italia descontenta de él y las arcas imperiales estaban poco menos que exhaustas. Además de esto se había manifestado ya repetidas veces el descontento en los Países-Bajos con motivo de las crecientes exigencias de la política guerrera del emperador, dando lugar en 1531 y 1532 á sublevaciones en Lieja y Gante. Este descontento en 1539 degeneró en revolución en Gante, cuya población, con sus antiguas tendencias de independencia municipal, produjo en las clases mas bajas horribles escenas de justicia popular, con el propósito de saquear á las clases mas acomodadas y amenazando una anarquía general. Se trabajaba para arrastrar al movimiento á los campesinos flamencos, y los habitantes de Gante hicieron hasta proposiciones á Francisco I como antiguo señor feudal de Flandes. La situación no podía ser mas halagüeña para el rey de Francia; pero éste, en vez de aprovechar la ocasión, se apresuró á invitar á su nuevo amigo el emperador á tomar el camino mas corto, á saber, atravesando la Francia, para ir á los Países-Bajos, y Carlos V tuvo el valor de confiar su persona al soberano á quien antes había humillado de la manera mas imperdonable. El hecho fué que el emperador atravesó como en triunfo la Francia, cuyo rey rivalizó con las ciudades en honrar á su elevado huésped por medio de las demostraciones mas brillantes. La ciudad de Poitiers le presentó como recuerdo un águila de oro, y la de Paris le regaló una estatua colosal de plata dorada que representaba á Hércules. En semejantes circunstancias nada significaba la resistencia del populacho de Gante, y Carlos, después de haber hecho ajusticiar á unos veinte sublevados, pronunció la sentencia de muerte de las libertades de su ciudad natal, que por lo demás se hallaba ya desde algún tiempo en decadencia. Butzer llamó la atención del landgrave de Hesse sobre este ejemplo de lo que podía esperarse de Carlos V siempre que se encontrara en libertad de acción.

Carlos V ofreció entonces á Francisco I ceder al duque de Orleans, con la mano de su hija María, los Países-Bajos, á los cuales llamaba «sus verdaderas Indias,» es decir, su posesión mas preciosa; por cuya razón no es posible que se propusiera cumplir esta promesa, pues esta India europea unida á la Borgoña y á Gueldres y Zutphen, que habían de arrebatare todavía al ducado de Cléveris, hubiera formado uno de los mejores reinos de toda la cristiandad. Francisco I se guardó muy bien de tomar esta promesa por buena moneda; de renunciar, en cambio de una pura sombra, como él decía, á sus pretensiones sobre Flandes y la Italia, y aun menos de entregar la Saboya ni el Piamonte.

Poco después de estos sucesos amistosos, según las amenazas del rey, pareció inmediata la mayor guerra entre estos dos soberanos; y en todas partes, en Italia, en Alemania, en la frontera de Flandes y en Constantinopla enérgicamente las intrigas francesas trabajaron contra la casa de Habsburgo. La república de Venecia fué obligada por medio de una refinada traición á pactar, en mayo de 1540, una paz desgraciada con la Turquía; la sobrina del rey de Francia, Juana de Navarra, cuya mano había solicitado Carlos V para su hijo Felipe, fué casada con el duque Guillermo de Julich-Cléveris en julio de 1545; y pocos días después se firmó